

eutanasia y eugenesia

La eugenesia y la eutanasia son dos problemas morales que, a pesar de colocarse en los extremos de la vida, guardan una estrecha relación. Se trata de intervenciones planificadas en momentos definitivos, que tocan profundamente la realidad humana y manifiestan componentes fundamentales de nuestra imagen del hombre. La experiencia del dominio sobre la vida es, en ambas cuestiones, el punto focal de su actualidad.

La *eugenesia* ha dejado de ser una serie de intervenciones marginales en el desarrollo generativo. Siguiendo las indicaciones de la ciencia genética, la *augenesia* se ocupa de la selección y combinación de los genes existentes en el genoma humano. Los mayores avances en genética se refieren a la selección de la descendencia, la genoterapia y la creación de un ambiente óptimo. Las técnicas usadas para la coloración de los cromosomas, en los dos últimos años, han permitido determinar genéticamente 92 carencias enzimáticas, aunque en pocos casos se haya lo-

grado una terapéutica eficaz. Mediante pruebas bioquímicas del líquido amniótico, se pueden detectar de 25 a 30 enfermedades. Para ello se realiza las amniocentesis a partir de la 14.^a semana del embarazo. La obtención del líquido amniótico supone un pequeño riesgo, pero quizá llegue un día en que se considere ordinaria su indicación. La genoterapia tropieza con mayores dificultades. Los mecanismos de la genética humana son sumamente complejos y delicados. Para dar una idea de su complejidad, bastaría recordar que J. Monod calcula en el orden de 10^{11} a 10^{12} el número de mutaciones que se producen en una generación (1). La información genética es además redundante, autocorrectora, heterogénea. Ni siquiera el defecto genético es unidireccional. Puede ser compensado por otra operación u otros genes. La esterilización genética, que algunos consideraban una meta de la eugenesia, exigiría un largo esfuerzo con escaso resultado en muchos casos (2). Las intervenciones directivas se ven estre-

chamente condicionadas por la delicadeza de los procesos. El DNA asociado en la experimentación resulta poco específico, tiende a degradarse y llega a disociarse del DNA de la célula recipiente. Se supone que, mejorando los procedimientos empleados en la obtención del DNA experimental y descifrando la información de algunos enzimas especiales, se podrá alcanzar la integración en el DNA celular. Los esfuerzos encaminados a una mejora del ambiente están básicamente motivados. La depauperación genética consiguiente a un decrecimiento de la selección natural es tan lenta que resulta insignificante, si se compara con los cambios ambientales, incluidos los producidos por el progreso médico. Los éxitos de la medicina aumentan la dotación de mutaciones que lleva la población. No es que se cuide especialmente a los tarados, sino que el cuidado que a todos se ofrece, aumenta indirectamente las posibilidades de aquéllos. Esta consecuencia del progreso médico se ve compensada por las tendencias demográficas: edad más temprana del embarazo, menor número de hijos, reducción de los matrimonios entre consanguíneos (3). Sería erróneo considerar el empobrecimiento genético de la especie como una consecuencia inevitable de la ilimitada procreación de lo enfermo. La genética no posee hoy conocimientos que impliquen la obligación social de impedir el derecho a la procreación. La mutación ambiental más aparente es la disociación entre procreación y sexualidad. Alrededor del 1 % de los nacidos en Estados Unidos son producto de inseminación artificial, que se ofrece como alternativa a la adopción, cuando se padecen enfermedades hereditarias. Se ha logrado el trasplante de embrión de una mujer a otra, al mismo tiempo que prosiguen los estudios para

construir una placenta artificial. La fertilización, el desarrollo extrauterino y la clonación serán posibles en el hombre, aunque su significado para la eugenesia sea dudoso.

La importancia del ser hombre y la conciencia de un riesgo solicitan la moral a ocuparse del problema eugenético. Partiríamos falsamente, si aceptáramos que el abuso es un problema de aplicación y no de conocimiento. Todo conocimiento nace y lleva a la experiencia, porque el hombre no podría dividir su acción sin dividirse él mismo. Existen además dificultades provenientes de nuestros propios conocimientos. La selección natural es una relación adaptativa de los organismos vivos entre sí y con su ambiente. No consiste sólo en eliminar lo enfermo, sino en construir la fuerza-eje de una interacción con multitud de variables. Mientras nuestra civilización occidental considera progreso la reducción de la incertidumbre, en la evolución biológica la incertidumbre posibilita el progreso. El lote genético es el capital para las futuras adaptaciones. La técnica no puede proponer un cambio destinado a la permanencia, sino un hombre cambiante en la permanencia de su identidad.

Ni siquiera es cuestión de desempolvar conceptos de naturaleza normativa. Desde este punto de vista, se podría pensar que toda la historia anterior era el precio del cerebro. Ahora el hombre podría prescindir de tales mecanismos y autoponerse. La consideración separada del sujeto hizo posible concebir la naturaleza como voz divina, o como pura materia para imitar al Creador. Pero el hombre y la naturaleza se determinan recíprocamente y ambos términos evolucionan dialécticamente en la historia. La naturaleza de cada tiempo es la alcanzada por el hombre y

el cuerpo supone el punto principal de referencia de esa proyección. Es el mundo directamente asumido. La naturaleza es al mismo tiempo objeto y sujeto, porque el hombre es inseparablemente desarrollo cultural y naturaleza biológica. La persona es precisamente esta dialéctica de naturaleza y libertad. Por eso la naturaleza no puede darnos un apriori desde el que juzgar la construcción eugenética del hombre. Porque el hombre incluye la autoconstrucción y ésta sólo puede juzgarse desde su experimentación. La adaptabilidad "natural" se encuentra con los retos de una civilización técnica y no puede menos que ayudarse de la adaptabilidad "artificial". Este recurso es algo más que oportunismo. Es la manifestación auténtica de la realidad del hombre y de su naturaleza.

Los científicos no podrán mantener aún su postura de asepsia mental: perseguir "la objetividad de la realidad", abstrayendo de valores humanos y repercusiones sociales. La creatividad humana es algo más que control técnico, aunque en él se incorpore con especial facticidad la demiurgia que constituye lo humano. La eugenesia no puede limitarse al estudio experimental, a la experiencia consciente de elementos mensurables. Una especie de "ars combinatoria". Debe acceder a lo experiencial como totalidad personal. La búsqueda de reglas de acción por los propios científicos no aparece sólo como más eficaz que la legislación rígida. Es, sobre todo, más real, porque el experimentador menos que nunca se encuentra ante una objetividad pura: es su humanidad la que está realizando. Las exigencias sociales que pudieran así formularse, no necesitarían la canonización para considerarlas cristianas.

La experiencia científica necesita ante el hombre un momento

contemplativo. La situación abierta, como futuro de libertad, puede revelar el amor que funda al hombre (4). Afirmar nuestra trascendencia, es reconocernos como gracia para nosotros mismos. Este amor recibido gratuitamente nos permite superar la reciprocidad. Nos da una capacidad excepcional de futuro. La reciprocidad con una humanidad genéticamente mejorada no será un encuentro hipotizado como pura proyección lineal. La caridad, que nos exige poner gratitud en el amor, ofrece a la nueva humanidad su condición de existencia libre. Porque la prueba última en una humanidad eugénica será la posibilidad de recibir como gracia el amor de Cristo, que estará, también entonces, en su futuro (5).

* * *

El problema de la *eutanasia*, o cuidado de la muerte, está extendido a nuevas formas de responsabilidad. Notemos principalmente, por su actualidad e implicación mutua, los procesos de reanimación y la planificación económica. Los procedimientos de reanimación dan la posibilidad de períodos artificiales de vida, en los que se prescinde de la presencia vital de la persona. Sólo si el cerebro mantiene la posibilidad de conciencia; sólo si la circulación y respiración espontáneas pueden volver a verificarse, existe la posibilidad de que el enfermo sobreviva. En caso contrario, el resultado de la reanimación sería un cadáver viviente. Las posibilidades de recuperación son juzgadas por el médico. Estas posibilidades dependen en modo determinante del desarrollo económico. Cuando se proclama el valor absoluto de una vida humana, esa vida suele tener nombre y apelli-

dos. Cuando se calcula su valor, esa vida es un número. Las exigencias de planificación hacen de esa aritmetización una exigencia moral. Por el afinamiento de los procesos de cálculo, la vida y su preservación caen cada vez más directamente bajo nuestra responsabilidad (6).

El carácter problemático de la eutanasia aún se relaciona preferentemente con vidas que, envueltas en sufrimiento, van inexorablemente hacia su fin. Causar la muerte de tales enfermos, para abreviar sus dolores, es un hecho que levanta ante todo una sospecha de índole psicológica. La repercusión afectiva del sufrimiento influye profundamente en nuestra seguridad personal. Al "librar" a un enfermo nos libramos también nosotros. No es que resulte imposible el sentimiento de piedad, pero su perspectiva no es tan clara. La eutanasia tiene algo de la seducción de la nada. La participación psicológica en el dolor del otro nos hace anhelar una "purificación" de ese dolor, un discreto nirvana.

El argumento tradicional contra la eutanasia positiva era la no disponibilidad de la vida humana. Como el hombre no puede sobre Dios, tampoco puede sobre sí mismo en cuanto existe por Dios y por lo mismo existe para El. Pero el hombre tiene una real y definitiva posesión de sí mismo, que escapa por completo a semejante argumentación. La distinción entre medios ordinarios y extraordinarios se reveló también sumamente práctica, para definir, de acuerdo con ella, la obligatoriedad o no de prestar determinados auxilios. Pero la difusión constante de las técnicas agravó el problema de la eutanasia, ante la perspectiva de prolongar la vida en formas inútiles e infrahumanas. Para volver a la inspiración original de esta distinción, habría que considerar extraordina-

rio el medio terapéutico que, en la circunstancia dada, no pueda conseguir ordinariamente la recuperación de la salud. De este modo la situación reflejaría con humanidad el grado de perfeccionamiento alcanzado por la técnica médica. En este caso dejar morir no sería matar, porque no podría realmente impedirse un proceso de natural desintegración biológica. No se quiere la muerte; está ya virtualmente adquirida. Es verdad que la distinción entre voluntario e involuntario no puede resultar neta. Estas distinciones tienen sentido y urgencia en cuanto se refieren a un contexto humano y salvan esa humanidad. En todo acto voluntario humano hay algo como una orden recibida y algo como el reconocimiento de un valor. Es una preferencia que de algún modo se objetiva, porque un acto se comprende por el objeto. Pero esa misma objetividad es relativa al sujeto. Hago mis actos en la medida que acojo las razones de ellos. Fundo su ser físico en cuanto me apoyo sobre su valor moral (7). El carácter temporal de nuestra libertad—referida en este supuesto a los medios técnicos—la limita e introduce en ella la certeza del riesgo.

La eutanasia reclama el problema del dolor y de la muerte. Cuando la vida se ha vaciado hasta hacer insignificante y absurda la muerte, puede la eutanasia intentar su justificación ética. Por el contrario, si la muerte se concibe como una desaparición completa, la vida queda revestida de la dignidad misma de la persona. Entre los mismos cristianos, la idea del hombre está tan llena de actividad que la muerte, destrucción del cuerpo como presencia al mundo, se hace casi imposible. Existe el peligro entonces de fundar la ética en el tabú de una vida reducida a sus más primitivas y degradadas formas. En la repulsa de la euta-

nasia, el respeto a la vida y el horror a la muerte deben ir unidos. La palabra de la fe, al hablar de la muerte, sintetizan valor y dolor, porque de lo contrario no escaparíamos a un frívolo juego verbal (8). El drama de la muerte crece con la realidad de la vida. Esta consideración puede llenar anticipadamente de sentido cualquier muerte y, al mismo tiempo, rechazar una visión limitada, episódica, que es la que justifica la eutanasia. Sin ignorar la situación, no podemos reducirla miopemente. La situación no es la circunstancia, sino la persona histórica, o la circunstancia en cuanto accede al ser personal. El sufrimiento no madura por el sólo hecho de darse. Igualmente, la primera respuesta al problema de la muerte sería explicar sus causas naturales, pero tales causas eficientes son ciegas. El sentido es una victoria del hombre sobre la realidad y no puede ser anterior al hombre mismo. Ese sentido exige una intervención terapéutica, para que el dolor ceda a la libertad, incluso si anticipamos así la muerte. La identidad moral de la persona prevalece sobre el alargamiento de la vida.

Estas consideraciones no pueden justificar una intervención directa a causar la muerte del enfermo. Nuestra intervención tiene que modelarse sobre un proyecto desinteresado de intercambio personal, que busca el bien del otro co-

mo propio. Como reciprocidad de amor verdadero, es un movimiento de realidad, que excluye el arbitrio. La individualidad de la persona se consume en la individualidad de la muerte. La muerte, bajo cualquier apariencia, no es un mero acaecer. Es un encuentro cuyos protagonistas son el muriente y el Primogénito de entre los muertos. Nuestra iniciativa no puede abusar de esta realidad. La muerte es sola de cada uno. Pero a través de su soledad constituyente, pasamos de una reciprocidad polarizada a una reciprocidad de comunión, porque la permanencia de la persona queda asegurada en ella misma (9). Nuestra humanidad se mantiene en la apertura religiosa. Nuestra relationalidad se planifica, cuando se reconoce formando cuerpo de Cristo (10).

* * *

Una visión relacional de la persona permite afrontar, con serenidad y exigencia, estas perspectivas de futuro; a la vez que comprende la actitud tradicional cristiana. La eugenesia y la eutanasia pueden esclarecer radicalmente el sentido moral de la fe: la praxis que, especialmente en estos casos, constituye y consume nuestra humanidad en Cristo. Una humanidad que lucha con el dolor, mientras le tributa el reconocimiento de su entidad personal.

NOTAS

- (1) MONOD, J.: *Le hasard et la nécessité*. Du Seuil, Paris 1970, pg. 137s. Sólo se transcribe una fracción ínfima.
- (2) SZEBENYI, A. L.: *Reflections of a biologist*. Th. St. 33 (1972), p.g. 455.
- (3) LAPPÉ, M.: *Moral obligations and genetic control*, Th. St. 33 (1972), pg. 419.
- (4) Ef. 1,3-4.

- (5) Hb. 13,8.
- (6) Cfr. DUBARLE, D.: *Le calcul social et la vie des personnes*, Cahiers Laënnec, jun. 1963, pg. 28-37.
- (7) RICOEUR, P.: *Le volontaire et l'involontaire*. Aubier-Montaigne, Paris 1967, pg. 75.
- (8) 2 Cor. 5,1-4.
- (9) Cfr. ORAISON, M.: *A propos d'une théologie de la mort*, VSSup. 19 (1966) pgs. 215-218.
- (10) 1 Cor. 12,27.

